

ALFAGUARA



Carlos Fuentes

Pantallas de plata

Índice

1. Vamos al cine	11
2. Salón Victoria	27
3. Hazlos reír	39
4. El león ruge	49
5. El reino del hampa	67
6. Los obreros del cine	77
7. Las reinas de Hollywood	89
8. Extraños en el Paraíso	107
9. Los musicales	111
10. Los comediantes	123
11. Garbo y Dietrich	127
12. Cine mexicano	135
13. Europa en limbo	147
14. Retrato de un director	157
15. Importaciones	163
16. Rossellini	169
17. Secundarios pero primarios	173
<i>Índice onomástico</i>	179

1. Vamos al cine



Silvia Lemus y Carlos Fuentes. Plaza de San Marcos, Venecia, 1975.

Sentado solo junto a la ventana esta mañana de septiembre (amable espectador, mi semejante, mi hermano), hojeando un periódico que no quieres leer, pensando en tus familiares que lloraban la muerte de Obregón, admitiendo la sagacidad de Calles, que había disfrazado su ambición personal con todo un aparato institucional, pensando en la fugaz ilusión de una república de filósofos y oradores, austera y divertida a un tiempo, presidida por un escritor sensual y corajudo, preferiste leer la crónica menuda de la ciudad, lo que los franceses llaman, acertadamente, la pequeña historia.

Sean cuántos...: una estúpida broma que tuvo fatal epílogo se registró en un expendio de gasolina de la colonia Industrial. Juan Martínez impregnó de gasolina una estopa y humedeció los pies de José Rodríguez. En seguida le prendió fuego con un cerillo, todo esto mientras la víctima dormía. Verdaderos alaridos de dolor lanzó la víctima involuntaria del tormento de Cuauhtémoc.

Tu mirada violentada busca rápidamente noticias más amables en las que la pequeña historia no repita en miniatura las fechorías de la gran historia: Ítem: ante las autoridades de

Contreras han acudido los deudos de Mariano Camacho, vecino del pueblo de San Nicolás, para denunciar a una mujer que tiene en toda la región fama de bruja y la cual proporcionó a un amante desdeñado un brebaje que fue tomado por el mencionado señor Camacho, produciéndole efectos de locura furiosa.

También esta noticia te produce una sensación de acoso y de fatiga. Los anunciantes, sin embargo, han pensado en ti:

DEFIÉNDASE A SÍ MISMO, te dicen: TOME FITINA «CIBA». Poderoso reconstituyente de fósforo asimilable. ATAQUE EL MAL EN SU PROPIA RAÍZ. REUMATISMO Y GOTA son enfermedades que no hay por qué sufrirlas desde que existe el ATOPHAN. Una prueba le convencerá. DESPUÉS DEL VERMÍFUGO: Cuando el médico receta un vermífugo para las lombrices, por lo general recomienda que se tome una purga después: LAXOL es ideal porque es aceite purísimo de ricino. Y sin embargo, LAXOL, a causa de su combinación con esencias aromáticas, es grato al paladar y carece de sabor y color repulsivos. Hasta los niños lo toman sin refunfuñar.

Pero tú no. El anuncio te agrede, nauseabundo, desde la esquina inferior derecha del periódico. Tus ojos —amable espectador— se mueven velozmente por el paisaje gris y sólo encuentran, inesperado, otro zarpazo:

«¡Es algo tremendo! ¡Ya no lo soporto! —nos decía anoche D. Francisco Beas, refiriéndose al famoso león africano “Nerón”, mismo

que peleará con un precioso toro de «Rancho Seco», la tarde del 16, en la Plaza de «El Toreo»—. Dondequiera que llegamos, el felino comete alguna fechoría. No hace muchos días que en la ciudad de Puebla dio tal susto a uno de los mozos del circo, tirándole un feroz zarpazo para arrebatarse la comida, que el pobrecito cayó muerto instantáneamente. “Nerón” ha hecho el viaje expresamente desde Monterrey, para enfrentarse con el hermoso ejemplar de “Rancho Seco”, previamente escogido para la pelea, por bravo y por fuerte.»

Tu mirada se aparta del diario, sin arrojarlo al piso, sin hacerlo pelota o rasgarlo, como es tu impulso. Respetas demasiado la letra impresa, diga lo que diga, eres hijo de Gutenberg y Sor Juana y no has agotado aún la información del periódico, sabes lo que te falta, sabes dónde abrir, sabes en cuál página no te impondrán purgas, físicas o políticas, tostadas de patas o zarpazo de león. Abres una página encantada, donde el nubarrón gris de la impresión previa cede el lugar a rayos dorados y nubes esponjadas. Esa página te esperaba como un cielo azul después de las tormentas.

Es la hoja encantada.

Tú lees que ese mismo 12 de septiembre de 1930 la mimada actriz María Conesa, la célebre «Gatita Blanca», ha reaparecido en el Teatro Esperanza Iris interpretando el sainete *El agua del Manzanares* y recibiendo del público las más extraordinarias manifestaciones de satisfacción,

aunque los haya impulsado a asistir tan sólo la simple y muy humana virtud —dice el periódico— de la curiosidad: ¿Envejece la Conesa, o es siempre la joven Gatita? Suspiras: unas vienen, otras van; en el Teatro Garibaldi se despide la famosa vedette frívola Adelina Padilla y debuta la escultural primera tiple María Rivera. El Panzón Soto es permanente en el Teatro Lírico. Y hay otras maneras, piensas, de ir, venir o permanecer. El tenor José Mojica se fue y triunfó en Chicago, y ahora regresa cantando, y en español, en la película titulada *El precio de un beso*. Él regresa porque todos saben que se fue. En cambio Lawrence Tibbett, el barítono más famoso del mundo, sólo llega porque nunca estuvo aquí antes: el aristocrático cine Regis le ha abierto sus puertas, lo ha recibido con lujos sonoros y a colores, para que el público amante del bel canto lo disfrute a sus anchas en *La canción del bandido*. Y Helen Twelvetrees, la emperatriz del drama, se presenta en la película *El gran desfile* en el cine Imperial y también esta producción de la Pathé es sonora, cantada y dialogada, cosa que no puede ofrecer, en el cine Olimpia, Emil Jannings, el genio dramático más grande de la pantalla en una maravilla de arte, *Fausto*, la obra inmortal (pero silenciosa) de Goethe, dirigida por F. W. Murnau (creador de *La última carcajada* y *Amanecer*).

Con Helen Twelvetrees, la popularísima y ya mencionada emperatriz del drama, con sus ojos lánguidos y ligeramente estrábicos, aunque

por ello más pecadores, eternamente desvestida en una creación de Fortuny entallada sobre cada insinuante curva de su anatomía, apenas si puede competir Ann Harding, la dama de la pantalla, que esta misma semana reaparece en *Corazones sin rumbo* y es, además, objeto del acontecimiento artístico del año, o sea el concurso de vals Ann Harding, en el cual tomarán parte cinco concursantes, entre ellos Agustín Lara, acompañados por los señores Alfonso Ortiz Tirado, Juan Arvizu, Pedro Vargas, Néstor Mesta Chayres y otros de los mejores elementos artísticos de México.

Todos estos cines de estreno cobran un peso y veinticinco centavos por platea, aunque en el cine Alarcón, Buster Keaton y Raquel Torres se ofrecen a treinta centavos la luneta, y además hablando en español, y, en el Parisiana, Ann Harding (otra vez, la dama de la pantalla) compite (como Calles contra la Iglesia) no sólo contra Helen Twelvetrees sino contra sí misma, ¡a veinticinco centavos la butaca! A ese precio, el cabello rubio y restirado en chongo, la mirada de noble sufrimiento, el perfil clásico y los delgadísimos labios de la Harding pueden acaso hacernos olvidar el infinitamente seductor mundo art-déco (satín blanco y abanicos de luz) de la Twelvetrees.

Por esos años, el poeta Tablada escribe una célebre rima, *Mujeres que pasáis por la Quinta Avenida / tan cerca de mis ojos, tan lejos de mi vida.*

Y tú, sentado en la sala de la casa de tu familia en la calle de Guanajuato, en la colonia Roma, en la ciudad de México, la mañana del viernes 12 de septiembre de 1930, miras hacia las modestas imitaciones de la última moda impuestas por la abuela (apasionada lectora de revistas ilustradas, pero no menos aficionada al espectáculo cinematográfico) en su salón largo y oscuro, donde el silencio de la mañana apenas es puntualizado, de tiempo en tiempo, por el grito del ropavejero o la escala metálica del afilador de tijeras.

Bueno, tan lejos de mi vida sucede que hay una campaña para limpiar las salas de cine incómodas y peligrosas de la ciudad de México. El periódico te informa esta mañana que tú (espectador) entrarás al barracón por una calleja estrecha llena de inmunda papelería que alberga millones de animalejos, cucarachas sobre todo. Sentirás a los pocos minutos de sentarte una insoportable picazón en el cuerpo que te subirá hasta la cabeza a medida que un ejército de chinches y pulgas llegan para alimentarse de ti a sus anchas. Confirmarás que la película que se exhibe no es la anunciada, los anticuados aparatos cortan constantemente la cinta, la proyección es movediza y las películas se pasan en tan malas condiciones que el espectador (tú) prefiere fijarse mejor en los anuncios que se proyectan entre corte y corte o alarmarse por las faltas al pudor que te circundan, amplificadas por la ausencia de aparatos sonoros en estos bo-

degones donde las parejas van a dar rienda suelta a sus amoríos.

Estás advertido: te asaltarán olores nauseabundos, te amenazarán el peligro de un derrumbe, pescar un resfriado (incluso una pulmonía) al salir por corredores encajonados, verdaderas trampas en caso de incendio, y a la salida del cine te envolverán los olores de múltiples fritangas que se instalan frente a la entrada y lados del salón. Correrás además el peligro de ser atropellado en las calles estrechas y congestionadas. ¿Cómo vas a soñar en estas condiciones con Vilma Bánky o Gloria Swanson, sentado en una pocilga maloliente donde no es Clara Bow la que te ofrece su carne sino una jovencita incauta embaucada seguramente en una de estas mismas salas oscuras, de donde ha salido rodando a los cabarets y los prostíbulos? Una carne morena, polveada, picada de viruela, se levanta entre tu sueño de plata y tu realidad de barro.

Pero hay quienes piensan en ti, espectador. Pierde cuidado. Los señores Balmori (Rafael y Vicente) inauguran esta misma noche un teatro que es la antítesis de los horrosos bodegones denunciados por la prensa: un cine para ti, que es la última palabra en confort, limpieza, excelencia técnica. Un cine para ti: para la gente decente.

Sólo un problema: ¿cómo llamar a este templo del séptimo arte? *El Universal Gráfico* ha abierto un concurso (lees en el propio diario) para

darle un nombre al nuevo teatro, el primero que se construye en la América Latina ex profeso para el cine sonoro. Según el propio periódico, ha habido una reñida pugna por los premios de cien pesos para el autor del mejor nombre y de cincuenta pesos para quien ofrezca el mejor lema, sumas nada despreciables cuando, según lees en la aledaña columna del mercado de cambios, el peso mexicano está a 2.11 por dólar y su valor es infinitamente superior al de las divisas europeas: nueve centavos mexicanos por un franco francés de la Tercera República, un tostón a cambio de un teutónico reichsmark de la República de Weimar; once centavos por una lira fascista de la Italia de Mussolini; veintitrés por una peseta española de la dictadura de Primo de Rivera-Dámaso Berenguer y de la marcialidad del general Millán Astray, creador del Tercio Extranjero y vencedor de las campañas contra los moros del Rif, quien se encuentra hoy mismo en México, como invitado de honor del gobierno y a efecto de participar en la romería anual de la Covadonga y de inaugurar tu cine, el cine Balmori.

Han llovido, pues, las sugerencias para darle nombre al lujoso cine: desde las más llanamente razonables («Cine Roma, por estar situado en la colonia que lleva ese nombre») hasta las más delirantes («Gran Cine Emperador del Arte Latino, porque el nuevo teatro, orgulloso de sí mismo, altivo se ostenta ante el mundo de las artes, como diciendo: Venid, ¡oh,

musas de la Inspiración Divina! Llegad a la tierra de Anáhuac, donde podréis contemplar el grande emporio de las bellas artes latinas y en donde rige como Emperador el sublime y talentoso genio del Indio Azteca, y por tanto, siendo el nuevo cine el orgullo de nuestra amada raza, justo es que se llame como yo propongo»). Imaginación no ha faltado en el concurso de los señores Balmori, empresarios; Cine Universal («este nombre no admite discusión, abarca lo mundial, lo más grande: el Universo»); Cine Dulcinea («Símbolo del ideal amado, voz de dulcísima cadencia que vive con la más bella modulación del amor, voz de seda que vibra como el triunfo idealista del idioma»); Cine Cristóbal Colón («así como el insigne navegante atraviesa el océano y descubre un mundo desconocido, así este nuevo teatro descubrirá...»); Templo de las Vibraciones; finalmente Gran Cine Pelisono (película + sonido).

Con razón, advierte el periódico, los señores jurados se han visto en aprietos: Netzahualcóyotl, Dolores del Río, Ramón Novaro, Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Cine Tardán («su voz se escucha hasta Yucatán»). Cine Astray, por supuesto, «en honor del distinguido visitante, el general español». Y si estos títulos bien merecen cien pesos al tipo de cambio de dos por uno, ¿qué decir de los lemas, conceptuosos, abundantes, originalísimos, que apenas serán recompensados por el premio de cincuenta pesos? Juzgad, espectador: 1. «La catedral

latina del vitáfono, donde el sonido es oro». Acción: «Renovarse o Perecer». 2. «El cine de las iridiscencias fonéticas mundiales». Meta: «Refinar el buen gusto de las personas asistentes». 3. «Ser el primero en lanzar el último grito». Pruebas: «Ellos son, escuchasteis su voz». Recontrapruebas: «El cine que siempre será lo que su nombre significa». «¡Son ellos, los astros!»

Significaba, al cabo, lo que sus empresarios querían que significara: ellos mismos. El cine Balmori fue inaugurado con el nombre de sus dueños, quienes así se ahorraban el monto de los premios, la noche del viernes 12 de septiembre de 1930. La sala, de casi dos mil localidades, estaba repleta. Los revendedores de boletos trataron de hacer su agosto en septiembre, pero fueron multados implacablemente. Adentro, el distinguido público de la colonia Roma pudo disfrutar los bailables de las hermosas señoritas del Ballet de Miss Carroll y la voz argentina del tenor español Joaquín Irigoyen, cantando la romanza de «El huésped de Sevilla», así como a Loney, notable solista del saxofón. Al apagarse las luces, pudieron verse en la pantalla en tres números cortos *Tiffany* a colores y en seguida la cinta principal *El gran Gabbo* con Erich von Stroheim, el gran director, tras el fracaso de su producción de *Queen Kelly* con Gloria Swanson, suspendida porque Von Stroheim, una vez más, excedió con creces el presupuesto original y porque la estrella, Miss Swanson con sus ojos de laguna envenenada,

que en la película hace el papel de una niña de convento que termina en un burdel africano, se negó a que en este, como debe aceptarlo toda pensionaria de prostíbulo, un cliente le escupiera a la cara. Von Stroheim se vio reducido a actuar para ganarse la vida. En *El gran Gabbo* es un ventrílocuo que mantiene relaciones por lo demás ambiguas con su muñeco de madera, llamado Otto. Hombre cruel y egoísta, el ventrílocuo sólo expresa la nobleza de su alma a través de su alter ego, el muñeco. La testigo de este melodrama es la rubia Betty Compson, una gringuita con talento pero dotada de una belleza blancuzca y chatita que no resistirá al tiempo.

El respetable no ha venido, en realidad, a ver esta historia, sino a admirar la elegancia del palacio de plata y la novedad de su técnica. El sonido y la proyección del nuevo cine son perfectos; dan la sensación, dice el cronista del *Gráfico*, de encontrarse completamente aislado en una soledad absoluta. Sólo en la pantalla se escuchan las voces, con una suavidad encantadora. Los techos y paredes absorben todo sonido excedente, lo purifican al evitar los ecos y las distorsiones.

Aquí, espectador, no te asaltarán olores nauseabundos, cucarachas y chinches, corrientes de aire helado, rumores de pudor asaltado, peligros de fuego y derrumbe. Has llegado, espectador, al templo del esperado encuentro de tu ciudad con la elegancia y el confort modernos.

Tú has salido, lleno de ilusiones, de tu casa y caminas por la colonia Roma hasta la Avenida Álvaro Obregón (el héroe de tu abuela, asesinado por un fanático religioso en un restaurante en 1928), has cruzado la ancha avenida de residencias palaciegas y misceláneas olorosas a estropajo y jabón y rieles de los tranvías amarillos que van y vienen en dos sentidos por la avenida dividida por un camellón de pasto y pirules.

Tú llegas frente al cine Balmori, la catedral sonora en la avenida del sonoreño general. Subes las escaleras de piedra a la taquilla en el primer vestíbulo, brillantemente iluminado. Recoges tu boleto, asciendes ahora por escalones de mármol, tomado de la balaustrada dorada de bronce pulido al foyer semicircular, de maderas lustrosas, espejos de marco dorado, puertas de espejos biselados, y entras a la sala repleta, su lunetario y sus balcones blancos y esculpados con las alas de un ángel luminoso. Todo brilla, el mármol se refleja en el bronce, el yeso labrado en los vidrios, la madera barnizada en los espejos. El cine es más que eso, todo eso lo convierte en el palacio de plata, la cueva brillante de tus sueños, donde las luces se apagan lentamente, la cortina se aparta, la pantalla se llena de luz propia, Vilma Bánky es arrastrada por un borzoi, John Gilbert acaricia la cabellera orgásmica de Greta Garbo, Gloria Swanson te da sus ojos envenenados y Lillian Gish su aureola de santidad, Janet Gaynor te vende una

humilde flor, Clara Bow te abre los labios y tú sueñas despierto: hipócrita espectador, mi semejante, mi hermano.

Entonces una espantosa conmoción te despierta de este sueño vigilante, donde tu inclinación platónica resuelve todos sus conflictos: aceptas las sombras como realidad, pero no te engañas respecto a su ilusión; la realidad está afuera, los escalones de Odessa que ves en la pantalla existen y en ellos ocurre la Historia con H grandotota: la Historia que ahora entra a gritos españoles, pisando fuerte, armando escándalo, la voz gruesa y castellana, ruidosa, raspada por las arenas de Marruecos, estalla, gritando «Cuando oigo la palabra arte, saco mi pistola»: ¡Es el general don José Millán Astray disparando contra la pantalla de plata, quebrando la ilusión de cristal, rajando con un sonido seco, irrepetible, las máscaras de yeso del cine Balmori, atravesando el cráneo rapado de Erich von Stroheim! Es el general de la historia que se cierne sobre el techo del palacio de plata, el futuro general franquista, el antiguo Santiago Matamoros, el general que interrumpirá la clase de Unamuno en la Universidad de Salamanca, el general que gritará «Cuando oigo la palabra cultura...», disparando contra el general de a mentiras, el oficial de una Viena de utilería, el trágico comandante alemán de *La gran ilusión* de Renoir. Von Stroheim en *El gran Gabbo*, la noche del estreno del cine Balmori, es un ventrílocuo victimario y victimado por su muñeco.

En *La gran ilusión* será un títere de la historia con la nuca rota, repitiendo el discurso de una clase social al otro oficial de la misma clase, el francés Pierre Fresnay: como si la fraternidad de clase nos salvase de la enemistad entre naciones. Entra Millán Astray, dispara, mata de un golpe al gran Gabbo, ventrílocuo, y al general Von Rauffenstein, títere de la historia.

Ha empezado el siglo xx.

Vamos al cine.